



INCREÍBLE AUSTEN



JANE AUSTEN


SENTIDO *y* SENSIBILIDAD



TEXTO DE JOANNA NADIN
ILUSTRACIONES DE ÉGLANTINE CEULEMANS



JANE AUSTEN

SENTIDO  Y
SENSIBILIDAD



TEXTO DE JOANNA NADIN
ILUSTRACIONES DE ÉGLANTINE CEULEMANS

warperkids

Título original: *Awesomely Austen. Jane Austen's Sense and Sensibility*

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A., 2023
Avda. de Burgos 8B planta 18ª
28036 Madrid - España
harpercollinsiberica.com

© del texto: Joanna Nadin, 2020
© de las ilustraciones: Églantine Ceulemans, 2020
© 2023, HarperCollins Ibérica, S. A.
© de la traducción: Jofre Homedes Beutnagel, 2023

Primera edición publicada por Hodder Children's Books,
parte de Hachette Children's Group.

Todos los personajes y sucesos de este libro, aparte de los que pertenecen al dominio público, son ficticios y cualquier parecido con personas vivas o fallecidas es pura coincidencia.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Adaptación de la cubierta: equipo HarperCollins Ibérica

Maquetación: Gráficas 4

ISBN: 978-84-18774-99-7

Composición digital: www.acatia.es



Sentido y sensibilidad, de Jane Austen, se publicó en 1811.

Era la época de la Regencia, unos tiempos en que la sociedad inglesa se dividía estrictamente en función de la riqueza, y en que se esperaba que las mujeres se casen jóvenes.

Aunque las protagonistas de esta historia, Elinor y Marianne, puedan tener algunas cosas en común con los lectores de hoy en día, vivían en un mundo muy distinto.

¡Al final del libro podrás averiguar más cosas sobre Jane Austen y sobre la Inglaterra de 1811!

PERSONAJES PRINCIPALES



HENRY DASHWOOD

Padre de un hijo y tres hijas.
Muere antes del principio de la historia.



SEÑORA DASHWOOD

Segunda mujer de Henry y madre de tres hijas, a las que quiere mucho.



MARIANNE DASHWOOD

La mediana de las hermanas Dashwood. Es romántica, con propensión al dramatismo.



ELINOR DASHWOOD

Sensata y cariñosa. Es la mayor de las hermanas Dashwood.



MARGARET DASHWOOD

La menor de las hermanas Dashwood. Tiene buen carácter, pero a veces peca de ingenua.



JOHN DASHWOOD

Hermanastro de las hermanas Dashwood.
Se deja influir mucho por su mujer. Desde la muerte
de su padre vive en la finca de Norland.



FANNY DASHWOOD

Mujer de John. Es egoísta, codiciosa
y manipuladora.



HENRY DASHWOOD

Hijo pequeño de John y Fanny.



CORONEL BRANDON

El coronel es un hombre serio
pero compasivo. Es mayor
que las hermanas Dashwood.



JOHN WILLOUGHBY

Atractivo pero falso, esconde
muchos secretos.



SEÑORA FERRARS

Madre de Fanny, Edward y Robert.
Es una mujer enredada y antipática.



EDWARD FERRARS

Hermano de Fanny. A diferencia del resto de la familia,
Edward es bondadoso y sensato.



ROBERT FERRARS

Hermano de Fanny. Muchos lo consideran
un tonto y un creído.



SIR JOHN MIDDLETON

El primo rico de la señora Dashwood.
Vive en Barton Park e invita a las Dashwood
a vivir en sus tierras, en Barton Cottage.



LADY MIDDLETON

Mujer de sir John. No tiene gran cosa
que decir, porque casi solo le interesa
el estatus social.



SEÑORA JENNINGS

Prima de lady Middleton. La señora Jennings
es una mujer alegre a quien le encanta
el chismorreo y hacer de celestina.



CHARLOTTE PALMER

Hija menor de la señora Jennings.
Es una mujer entusiasta y habladora.



THOMAS PALMER

El marido de Charlotte, frío
y amargado.



NANCY STEELE

Prima lejana de la señora Jennings. De poca inteligencia,
siempre hace comentarios frívolos.



LUCY STEELE

Prima lejana de la señora Jennings. Parece tranquila
y reservada, pero tiene un lado malicioso.



CAPÍTULO UNO



En vida, Henry Dashwood había querido a todos sus hijos por igual.

El mayor era John, de buenos sentimientos, al menos hasta que se le contagiaron el egoísmo y la codicia de su esposa, Fanny Dashwood, que lo llevaba siempre por donde ella quería.

La siguiente en edad era Elinor, una joven juiciosa cuya calma y sensatez compensaban la tendencia al atolondramiento de su madre, la señora Dashwood (segunda esposa de Henry y madrastra de John). Le seguía la mediana de las tres hermanas, Marianne, de sensibilidad romántica, hasta el punto de que casi no pasaba un día sin llorar o gritar de felicidad.

* JANE AUSTEN *

La última era Margaret, de trece años, edad en que aún le extrañaban un poco las reglas de la sociedad, como la que estipulaba que, por mucho que su padre los quisiera igual a todos, al morir tendría que dejar todo su patrimonio —la finca de Norland, donde tan a gusto vivían— a John porque, siendo varón, la merecía, en cierto modo, más.

—No, «todo» su patrimonio no —puntualizó Elinor—. Tenemos mil libras cada una.



* SENTIDO Y SENSIBILIDAD *

—¿Y con eso quién quieres que se case con nosotras?
—protestó Marianne—. ¡Pero si prácticamente somos pobres!

—Tampoco tanto —dijo Elinor—. Además, ¿no se supone que el «amor verdadero» no sabe de ingresos ni de condición social?

—Supongo —confirmó a regañadientes Marianne, acordándose de que lo había dicho ella hacía un mes—, pero sigue sin parecerme justo que John se quede con la casa.



—Sobre todo porque ya tiene una en Londres —dijo Margaret, que seguía pensando en lo injustas que eran las cosas.

—Bueno, quizá no la quiera —contestó Elinor, siempre conciliadora—. Quizá podamos quedarnos todo lo que queramos. Yo creo que sería lo justo.

Tal vez John no tuviera pretensiones sobre Norland, pero, por desgracia, no era el único en decidir, y en el vocabulario de su esposa no existía la palabra «justicia», como no tardarían en averiguar la señora Dashwood y sus tres hijas.



CAPÍTULO DOS

En cuanto Fanny se enteró de que John había heredado Norland, mandó hacer el equipaje de toda la familia y, junto a su marido y el pequeño Henry, el hijo mimado de los dos, emprendió el viaje a la finca, a la cual ya se refería como su «residencia en el campo».

—Se comprende que habrá que hacer reformas —declaró Fanny en el trayecto de Londres a Sussex, entre el traqueteo del carruaje—. Y mejoras, porque está todo muy desfasado. ¿Y el polvo? ¡Cuánto polvo! No entiendo qué hacen todo el día los criados.

—Es verdad, cariño —asintió John sin tener muy claro a qué, porque estaba pensando en la herencia—. No sé si darles otras mil por cabeza —reflexionó en voz alta—. Sería generoso, ¿no? Yo creo que daría buena imagen.



—¿Mil libras por cabeza? —Fanny palideció—. ¡Son tres mil menos al año para nuestro adorado Henry! ¿Serías capaz de robar a tu propio hijo?

John se echó atrás.

—Bueno, dicho así... —Siguió pensando—. ¿Quiénnitas por cabeza? La verdad es que papá me pidió que me asegurase de dejarlas con las necesidades bien cubiertas.

—Seguro que lo dijo cuando ya no estaba en sus cabales. Ten en cuenta que estaba enfermo. Además, ¿para qué van a querer tanto dinero cuando se trasladen

* SENTIDO Y SENSIBILIDAD *

a una casa modesta? No necesitarán caballos ni criados. ¿Y cuando se casen? ¿En qué manos quedará nuestro dinero?

—En eso tienes razón —admitió John.

—Me alegro.

La última palabra fue de Fanny, como siempre. Al cabo de un rato, cuando el carruaje se internó por el ancho camino de acceso a Norland, enmudecieron al ver la casa que les correspondía por derecho, aunque a algunos pudiera parecerles injusto.

John, Fanny y Henry estuvieron encantados de desembarcar en la casa; no así las Dashwood, disgustadas, entre otras cosas, por que Fanny ni siquiera las hubiera avisado.

—¿Avisar? —repitió ella mientras le daba su sombrilla y sus



guantes a un criado, y llegaban otros y cargaban con las maletas—. ¿De que venimos a nuestra propia residencia? Absurdo.

Si aún no habían tomado conciencia de la realidad, ya la tenían delante, tan clara como una copa de champán: las Dashwood se habían convertido en invitadas en su propia casa. Hasta la señora Dashwood, que siempre veía lo bueno de la gente y que tan tolerante solía ser con los necios (hasta extremos a veces preocupantes), se sulfuró ante aquella injusticia.

—¡Qué desfachatez! —soltó—. Y encima se queja del polvo.

—Le he oído decir que quitará la biblioteca por el polvo —dijo Marianne, llorosa—. ¡Los libros de papá!

Empezó a sollozar.

—Hay que ser bárbaro —se mostró de acuerdo Margaret mientras le daba un pañuelo.

La única capaz de dominar su ira fue Elinor.

—No sirve de nada enfadarse —dijo con calma—. Tenemos que hacer planes, lo cual significa buscarnos una nueva casa.

* SENTIDO Y SENSIBILIDAD *

Al oírlo, la señora Dashwood y Marianne se desesperaron, pero la realidad era innegable. Después de secarse las lágrimas, la señora Dashwood empezó a hacer planes, y durante varios días estuvo dando detalles sobre las casas que se sentía capaz de tolerar.

Fue Elinor, una vez más, quien tuvo que mostrar el buen juicio propio de una madre.

—Mamá, están todas muy bien, pero no nos las podemos permitir. Ahora tenemos... menos medios que antes, y debemos adaptarnos a nuestras posibilidades.

—Si por ti fuera, viviríamos en una choza —protestó Marianne.

—A mí no me importaría —dijo Margaret—. Prefiero una choza que seguir viviendo bajo el mismo techo que Fanny. Además, ¿os imagináis qué aventura?

—Yo no quiero ninguna aventura —se lamentó Marianne—. ¡Yo quiero mi piano! ¡Y mi caballo!

—No, una choza no —la corrigió Elinor—, una casita.

—En una casita no se pueden tener caballos —señaló Marianne.

* JANE AUSTEN *

—No —asintió Elinor—, pero podríamos vivir cómodamente, y sobre todo juntas, que es lo más importante.

Al menos en eso estaban de acuerdo.

CAPÍTULO TRES

Mientras Elinor seguía seleccionando dibujos de posibles casitas con la esperanza de que su madre no las rechazase todas, Fanny se estrenó como señora de la casa con el anuncio de que su hermano vendría a vivir con ellos.

—¿Cuál de los dos? —preguntó Elinor, que tenía constancia de que había dos, tan distintos, por lo que se contaba, como un huevo y una castaña.

—Edward —contestó Fanny—, aunque da igual; no creo que eso importe.

Igual no daba, en absoluto. Poco tenía que ver Edward Ferrars con Robert (tonto y presuntuoso donde los hubiera), y también, dicho fuera de paso, con su hermana: frente al amor que esta última, digna hija de su

madre, profesaba por el dinero, del que nunca se cansaba, a Edward le eran indiferentes el éxito y la riqueza. Él nunca había aspirado a nada más que a ser párroco de algún pueblo tranquilo, idea que levantaba ampollas entre su parentela.

A las Dashwood, en cambio, les cayó bien desde el primer momento.

—Qué buen hombre —declaró la señora Dashwood.

—Y encima es rico —dijo Margaret—, aunque no presume de ello.

—Ya, pero... ¿la Iglesia? —preguntó Marianne, desconcertada por la idea.

—Su madre quiere que entre en el Parlamento —explicó Elinor, que esa misma mañana había estado hablando del tema con el aludido—, pero a él le parece una idea insoportable.

—Para el Ejército, en todo caso, ya no tiene edad —dijo la señora Dashwood.

—Y para la Marina no es «bastante inteligente» —reconoció Elinor—. Es lo que ha dicho él en broma, aunque se equivoca, claro.

Marianne hizo una mueca.

Edward Ferrars



GENEROSO Y DE
BUEN CORAZÓN

- ♥ CON GRAN CULTURA ARTÍSTICA.
- ♥ AFICIONADO A LA LITERATURA.
- ♥ MUCHA IMAGINACIÓN.



¡SU SUEÑO ES SER PÁRROCO!

—Bueno, guapo no es que sea. Y qué poca gracia tiene... Oírlo leer en voz alta es más aburrido que el peor sermón.

—Lo que pasa es que es tímido —replicó Elinor, sorprendida de haberse puesto a la defensiva, y preguntándose cómo interpretarlo (como seguro que estaba haciendo su madre).

En efecto: era la pregunta que se estaba planteando su querida madre, dejándose llevar, como tantas de su mismo sexo, por la perspectiva de una buena boda, y llegando a la feliz conclusión de que Elinor se estaba enamorando. Esperó que con el tiempo también lo hiciera Edward, por eso demoró su decisión en lo tocante a la casita, para que Elinor pasara todo el tiempo posible en compañía de Edward, sin hacer caso a las discusiones de sus hijas, que seguían sin ponerse de acuerdo sobre las virtudes del susodicho ni sobre los afectos de Elinor.

—Es que es de gustos tan poco refinados... —se quejó Marianne—. No tiene oído para la música, y solo dice que le gustan tus dibujos porque los has hecho tú, no porque entienda qué los hace ser buenos.

* SENTIDO Y SENSIBILIDAD *

—¿Y eso no habla en favor de él? —respondió Elinor—. ¿No pone de manifiesto su generosidad y su buen corazón?

—Sí, pero...

—En cuanto a que no entienda de arte, a mí me parece una persona muy culta, con gran afición a la lectura y mucha imaginación.

—No, si no he dicho que no me caiga bien —dijo Marianne y notó que su hermana se irritaba—. Lo que pasa es que no es... el dechado de perfección que me imaginaba para ti. Claro que eso supongo que no puede serlo ningún hombre... Y, si tú lo quieres, yo también lo querré, por descontado.

Elinor palideció.

—No he dicho que lo quiera.

—¿Pues entonces?

—Le tengo... —buscó la palabra y la cogió como si fuera una ciruela, pequeña, eso sí— aprecio.

—¿Aprecio?

—Sí. No niego que me sea simpático.

—¿Aprecio? —repitió Marianne—. ¿Simpático? ¡Qué palabras tan frías! No, peor: parece que te dé vergüenza sentir algo.